

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

<i>La caridad</i>	3	
<i>Michael Figura</i>	5	<b>El mensaje joánico del amor</b>
<i>Lucio Florio</i>	17	<b>El amor y sus fuentes. Mirada topográfica del misterio del amor</b>
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	25	<b>Testimonio: Las dimensiones de la caridad</b>
<i>Eduardo Gowland</i>	29	<b>Caridad y vida monástica</b>
<i>Dominique Poirrel</i>	35	<b>Amor de Dios, amor humano</b>
<i>Jean Luc Marion</i>	47	<b>El conocimiento de la caridad</b>
<i>Santiago Kovadloff</i>	61	<b>Buber, oyente de Dios</b>
<i>Manfred Lochbrunner</i>	77	<b>¿En camino a una biografía de Balthasar?</b>

# El mensaje joánico del amor

por Michael Figura\*

## El llamado del amor de Dios en Jesucristo

El amor de Dios es para el Evangelio de Juan y la Primera Epístola de Juan el más decisivo motivo de su obra de salvación en Jesucristo<sup>1</sup>. Por amor envió Dios a su Hijo al mundo de los hombres: "Dios ha amado tanto al mundo, que entregó a su único Hijo, para que todos los que creen en El, no mueran, sino que tengan la vida eterna" (Jn. 3,16). Dios toma la iniciativa en una resolución de su Amor, que dirige al mundo y al hombre<sup>2</sup>. Con ello, da a los hombres aquel Amor con que ama a su "único Hijo querido" (Jn. 17,26). Toda la vida terrena de Jesús está sellada de amor al Padre, a los discípulos y a todos "los que por su palabra creen en mí" (Jn. 17,20). Cuando se aproxima la hora de retornar al Padre, Juan resume la vida de Jesús en la frase: "Porque él amaba a los suyos, que estaban en el mundo, mostró a ellos su amor hasta el extremo" (Jn. 13,1). El venir Jesús al mundo, sus palabras y obras, su muerte y su elevación en la Cruz son muestras de amor de Dios, que se ha hecho manifiesto en El. La Primera Epístola de Juan recoge el mensaje del Evangelio de Juan del Amor de Dios: El amor de Dios fue manifiesto entre nosotros, en cuanto Dios ha enviado al mundo a su único Hijo, para que nosotros vivamos por él. No consiste el Amor en que nosotros amamos a Dios, sino en que El nos ha amado a nosotros y ha enviado a su Hijo como satisfacción por nuestros pecados (1 Jn. 4, 9f). Como enviado por Dios como revelador (Jn. 1,18) y como portador de la salvación Jesús es realmente el Salvador del mundo (Jn. 4,42; 1 Jn. 4,14).

\*Doctor en Teología Dogmática. Asesor de la Comisión Doctrinal de la Conf. Ep. Alemana.

<sup>1</sup> Conf. D. Mollat, *Saint Jean maître spirituel*. París 1976, págs. 121-130; Ders., *Lecture spirituelle de Saint Jean (Suppléments à vie chrétienne, 71)*. Toulouse 1969, págs. 91-94.

<sup>2</sup> Conf. R. Schnackenburg, *Die sittliche Botschaft des Neuen Testaments*, Bd. II: *Die urchristlichen Verkündiger*. Friburgo, 1988, págs. 148-192.

También después de su partida, Jesús queda presente a sus discípulos y a todo el mundo en sus palabras, que son “Espíritu y Vida” (Jn. 6,63), y sobre todo en el Espíritu, que como Paráclito (abogado, defensor, portavoz) ha de estar junto a ellos<sup>3</sup>. La presencia continua de Jesús y de su palabra por el Espíritu se anuncia en la comunidad de amor, que existe entre Jesús, el Padre y los discípulos: “El Padre mismo os ama, porque me habéis amado y porque habéis creído que yo procedo de Dios” (Jn. 16,27). La perseverancia creyente en la palabra de Jesús, que es testimoniada y descubierta por el Espíritu, y el amor a Jesús y a los hermanos que se muestra en ella son los caminos para la comunidad con Dios.

Según el Evangelio de Juan en la vida y acción terrena de Jesús brilla ya su gloria divina (Jn. 1,14; 2,11). Jesús nos ha traído la verdadera noticia de Dios (Jn. 1,18). Por Jesús somos conducidos al Padre y así a la fuente de la vida: “Pues la vida se reveló, hemos visto y atestiguamos y anunciamos a vosotros la vida eterna, que estaba en el Padre y nos fue revelada a nosotros” (Jn. 1,2). Para Juan, que a menudo es identificado como el discípulo “al que Jesús amaba”<sup>4</sup> (Jn. 13,23; 19,26; 20,2; 21,7.20), Jesús es la realización de la aspiración humana por el amor, la vida, la luz, la verdad. Esto se expresa en la alegoría de Jesús como la verdadera viña. De la viña fluye la savia de vida a los sarmientos. Por ello la advertencia de Jesús: “Quien permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada” (Jn. 15,5). El producir fruto de los discípulos sirve a la gloria del Padre, que en la alegoría es el viñador, que espera el fruto de los sarmientos (Jn. 15,1,8). El permanecer en la viña de Jesús, es una invitación a quedar en su amor y en el correlativo amor de los hermanos.

### **La respuesta de los hombres en la Fe y el Amor**

Para el Evangelio de Juan y la Primera Epístola de Juan la fe y el amor son la adecuada respuesta de los hombres a la revelación de Dios en Jesucristo y a la auto-revelación del Hijo. ¿Pe-

<sup>3</sup> Conf. los versículos joánicos del Paráclito: Jn. 14,16s.; 14,26; 15,26s.; 16,7-11; 16,13ss.; conf. sobre esto R. Schnackenburg, *Das Johannesevangelium, IV. Teil: Ergänzende auslegungen und Exkurse*. Friburgo 1984, págs. 33-58, esp. 47ss.

<sup>4</sup> Conf. J. Kügler, *Der Jünger, der Jesus liebte. Literalische, theologische und historische Untersuchungen zu einer Schlüsselgestalt johanneischer Theologie und Geschichte. Mit einem Exkurs über die Brotreze in Joh. 6*. Stuttgart 1988.

ro cómo es el hombre capaz de responder con su amor al amor de Dios y de su Hijo? El punto de partida para una respuesta reside en la concentración<sup>5</sup> cristológica del Cuarto Evangelio.

### **Jesucristo como la respuesta plena al Amor de Dios**

En el centro del mensaje de Juan del amor se sitúa el amor recíproco del Padre y del Hijo. Jesús es consciente en su vida humana del único amor, con que el Padre lo ha amado ya "antes de la creación del mundo" (Jn. 17,24). Ese amor es el fundamento por el que el Padre ha confiado al Hijo toda la obra de la revelación de la Salvación: "El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre. Lo que hace El, eso lo hace igualmente el Hijo. Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que El hace" (Jn. 5,19).

Jesús vive en la conciencia de este amor del padre (Jn. 6,57). Su vida es aceptación de ese amor y disponibilidad ilimitada para él: "Como el Padre me ha amado..." (Jn.15,9). En la sala de la Cena Jesús vuelve siempre de nuevo en el discurso de despedida sobre ese amor del Padre hacia El. El sabe que toda su vida, aún en la hora de su muerte, está enderezada al amor del Padre. Por eso puede en vista de su muerte hablar aún en el discurso de despedida de su alegría (Jn. 15,11). La vida terrena de Jesús es amor al Padre y a los hombres, a los que el Padre lo ha enviado y que les ha dado (Jn. 17,24). Según el Evangelio de Juan, no se puede hablar de dos amores (amor al Padre y amor a los hombres), pues Jesús comparte entre los suyos el mismo amor, con que El es amado por el Padre: "Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros" (Jn. 15,9). "Los has amado a ellos como me has amado a mí" (Jn. 17,23).

### **Amar a Jesús**

En el discurso de despedida se vuelve apremiante la exigencia de Jesús a sus discípulos de amarlo siempre más (Jn. 14,15,21,23,28). El amor de sus discípulos esperado por Jesús no es primariamente un sentimiento o un afecto, sino el escuchar creyente su palabra como el quedar en sus mandamientos y en su amor. Jesús da a sus discípulos no sólo el amor de Dios para todos los hombres, sino también la capacidad de responder a ese

<sup>5</sup> Conf. D. Mollat, entre otras pág. 121.

amor con su propio amor. Luego señala Jesús en su lenguaje polémico con los judíos: "Si Dios fuera vuestro Padre, vosotros me amaríais, pues yo he venido y vuelvo a Dios" (Jn. 8,42). Jesús llama amor: recibirlo y seguir su ejemplo. Luego señala la atención sobre la escena del lavado de los pies en la Cena. Por amor Jesús se rebaja al servicio de esclavo de lavar los pies a sus discípulos. Con ello les da un ejemplo, "para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros" (Jn. 13,15).

El amor a Jesús se expresa en el testimonio de fe de los discípulos. Jesús es para ellos "Maestro y Señor" (Jn. 13,13). Tomás confiesa en el encuentro con Jesús resucitado: "Señor mío y Dios mío" (Jn. 20,28). En el capítulo suplementario del Evangelio de Juan oímos por tres veces la pregunta de Jesús a Pedro: "¿Me amas?", y la respuesta de amor del apóstol (conf. Jn. 21,15). Para el Evangelio de Juan son inseparables el amor a Jesús y el creer en él (conf. Jn. 16,27). Creer en Jesús es por tanto por excelencia estar ligado a su persona, sus palabras y sus obras (signos). Pero sobre todo la fe es el reconocimiento de la procedencia divina de Jesús. En cuanto los discípulos creen en Jesús y lo aman, están en comunidad con Dios y se saben amados por Dios.

### **La confirmación del amor a Jesús**

*El cumplir los mandamientos.* El amor a Jesús debe confirmarse en la fidelidad a su mandato (a sus mandamientos)<sup>6</sup>: "Quien tienes mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; quien me ama, será amado de mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él" (Jn. 14,21; 15,10,12). El amor significa para el Evangelio de Juan no sólo una pura observación objetiva de los mandamientos de Jesús. Jesús espera más bien una íntima aceptación de sus mandamientos sostenida por la fe y el amor. Esto muestra ya la palabra griega "entole", que sólo insuficientemente es traducida por "mandamiento". "Entole" posee también un aspecto sapiencial y didáctico<sup>7</sup>: la revelación divina en Jesucristo como instrucción para una vida conducida bien y rectamente. Luego para la conducta importa el mandamiento de la constante orientación hacia Jesús, que ha dicho de

<sup>6</sup> Conf. id., pág. 125.

<sup>7</sup> Conf. A. Peiletier, *Le vocabulaire du commandement dans le Pentateuque des LXX et dans le Nouveau Testament*, en: RSR 41 (1953), págs. 519, 522.

sí mismo: “Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida” (Jn. 14,16). Sólo quien queda en el camino de Jesús y por ello tiene experiencia de la Verdad y la Vida, sigue también a Jesús en la recta vida ante Dios, y en el mandamiento recíproco a que invita.

*El mantenerse en su amor.* La respuesta del hombre al amor dado a nosotros en Cristo consiste, además, en que el guardar del mandamiento se traduce en un permanecer en Dios, en Jesucristo, en su Palabra y en su Amor.

De los dos primeros discípulos que siguieron a Jesús, se dice: “Fueron pues y vieron, donde vivía, y se quedaron con El aquel día” (Jn. 1,39). Para ser discípulo de Jesús, se debe descubrir dónde Jesús se alberga, y luego quedar con él. En la plegeria sacerdotal Jesús pide: “Padre, yo quiero que todos los que me has dado, estén conmigo donde yo estoy” (Jn. 17,24). Quedar junto a Jesús quiere decir: estar allí donde El está. Aquí en esta vida podemos ya estar donde Jesús está, cuando quedamos en su amor. En ello se muestra la escatología presente del Evangelio de Juan<sup>8</sup>.

A los judíos que habían llegado a creer en El, dice Jesús: “Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8,31). Pero el “permanecer” exigido a menudo por Jesús no es un permanecer estático, sino un proceso dinámico, pues el quedar en la Palabra de Jesús y en su amor debe ser siempre pauta de la vida de sus discípulos. Con ello, el Espíritu Santo como Paráclito, los asume en sus brazos, pues El debe quedar en ellos (Jn. 14,17).

Para la significación teológica y espiritual del “permanecer” son decisivas las fórmulas de inmanencia<sup>9</sup> joánicas. Ellas se encuentran en el Evangelio de Juan en primer lugar en el discurso del Pan del Cielo: “Quien come mi carne, y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él” (Jn. 6,56). La fe en el Pan vivo, que ha bajado del Cielo, encuentra su realización en el comer y beber la carne y la sangre del Hijo del Hombre y obra así una unión íntima con Jesús: nosotros en El y El en nosotros. De ese modo se nos da la Vida verdadera: “Como el Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” (Jn. 6,57).

<sup>8</sup> Conf. sobre esto R. Schnackenburg, *Das Johannesevangelium*, II. Teil. Friburgo 1971, págs. 530-544.

<sup>9</sup> Conf. R. Schnackenburg, *Die Johannesbriefe*. Friburgo 1979, págs. 105-110; H.-J. Klauck, *Der erste Johannesbrief* (EKK XXIII/1). Zürich/Braunschweig/Neukirchen-Vluyn 1991, págs. 264-268.

También en la ya mencionada parábola de Jesús como la verdadera viña se encuentra una fórmula inmanente del permanecer en Jesús y de su permanecer en los discípulos (conf. Jn. 15-4-7). El permanecer en Jesús como la viña verdadera es aclarado últimamente como permanecer en su Amor: "Como el Padre me ha amado, así también os ha amado a vosotros. Permaneced en mi Amor" (Jn. 15,9). Este permanecer en el Amor de Jesús tiene empero, según ya fue mencionado, como presupuesto que nosotros observamos sus mandamientos, sobre todo el nuevo mandamiento del amor mutuo (Jn. 13,34f.): "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi Amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (Jn. 15,10).

Fórmulas de inmanencia se encuentran también en la Primera Epístola de Juan. Ellas proceden de que la fe encuentra su perfección en el amor: "Quien no ama, no ha conocido a Dios pues Dios es (el) Amor: (1 Jn. 4,8). A partir de Dios como el amor, que se ha revelado en Jesucristo, afirma también la Primera Epístola de Juan: "Nadie ha visto nunca a Dios, si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que estamos en El y El en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu" (1 Jn. 4,12f.). En esta relación se encuentra también la más alta afirmación sobre la recíproca inmanencia de Dios y el hombre: Dios es (el) Amor, y quien permanece en el amor, permanece en El y Dios está en él" (1 Jn. 4,16b).

El quedar en Jesucristo tiene una acción que da vida. Por eso está ello arraigado en el discurso del pan eucarístico del cielo. El estar arraigado en Jesús como la viña verdadera es el presupuesto que hace fructificar la comunidad eucarística con El.

El permanecer en Jesucristo debe finalmente llenar a los discípulos de alegría: "Esto os he dicho, para que mi alegría esté en vosotros y para que vuestra alegría sea completa" (Jn. 15,11).

### **El amor a los hermanos como la prueba de la comunidad con Dios y Cristo en la Fe y el Amor.**

Jesús sintetiza la revelación que nos ha traído, y el camino a la comunidad con Dios, que nos ha abierto, en el mandamiento del amor recíproco. Esto es el "mandamiento nuevo", que Jesús al partir deja a sus discípulos (conf. Jn. 13,34). El se en-

cuentra de nuevo en la imagen de la viña: “Este es mi mandamiento: amaos unos a otros como yo os he amado” (Jn. 15,12). En relación a lo mismo se sitúa la orden de Jesús: “Os encomiendo esto: amaos unos a otros” (Jn. 15,17).

Jesús hace del amor recíproco el signo distintivo de sus discípulos (Jn. 13,35). Los discípulos deben obrar según el modelo de Jesús como muestra la escena del lavado de los pies: “Yo os he dado un ejemplo, para que vosotros hagáis, como yo he hecho con vosotros” (Jn. 13,15). El servicio amante de unos a otros debe señalar la comunidad de los discípulos conforme al modelo de Jesús, y además sostener la espera de su nueva venida<sup>10</sup>. Así el mandamiento nuevo de Jesús es también un mandamiento escatológico.

En la Primera Epístola de Juan el amor recíproco se designa expresamente como amar al “hermano” (1 Jn. 1,10: 4,21) o a los “hermanos” (1 Jn. 3,14), donde también son comprendidas las “hermanas”. La fuerza motriz del amor fraterno es la entrega de Jesús en la muerte: “Así debemos también nosotros dar la vida por los hermanos” (1 Jn. 3,16). El amor a los hermanos es el paso de la muerte a la vida (1 Jn. 3,13). Esto significa también quedar en el Reino de la Luz: “Quien ama a su hermano queda en la Luz” (1 Jn. 2,10). El amor a los hermanos debe probarse “de hecho y en verdad”. Pertenece también al amor activo de los hermanos no ser sólo amor “con la palabra y la lengua” (1 Jn. 3,18)<sup>11</sup>. Un ejemplo concreto de ese amor de hecho y en verdad se encuentra en la Tercera Epístola de Juan, que escribe “al viejo y querido Gayo”. El se alegra de que Gayo vive “en la verdad” (v.3). El amor de Gayo en el hecho y la verdad consiste en que él equipa para su viaje al hermano transeúnte “como es digno de Dios” (v. 5f.). “Por eso estamos también nosotros obli-

mado en Cristo en el bautismo. La Primer Epístola de Juan puede ser designada como “vuelta al bautismo” (*reditus ad baptismum*)<sup>12</sup>. El amor a los hermanos como “mandamiento antiguo desde el principio” es entonces recuerdo de la catequesis bautismal. Sin embargo, se trata también de un “mandamiento nuevo”: el amor a los hermanos es siempre nuevo en el hecho y verdad para ser realizado como criterio del verdadero ser cristiano siguiendo a Jesús.

En los partidarios de la obra en dos volúmenes de Anders Nygrens, famosa pero cuestionable, *Eros und Agape. Gestaltwandlungen der christlichen Liebe* (Gütersloh 1930/1937) se ha reprochado el modo de ver joánico del particularismo del amor a los hermanos<sup>13</sup>. El sería en comparación con el mandato de los sinópticos de amor al prójimo y al enemigo (Mt. 5,43-48; Lc. 6,27-36) un angostamiento de la exigencia de amor a Jesús y de la *agapé* cristiana en total, en cuanto ella limita el amor al círculo de los discípulos o hermanos. La cuestión de la amplitud del mandato del amor en el Corpus Ioanneum es hoy discutida en controversia<sup>14</sup>. Los elementos para una solución de este problema sólo se pueden encontrar en la concentración cristológica del Evangelio de Juan y en la comunidad de Dios y Cristo en la Primera Epístola de Juan.

El amor a los hermanos es participación en el amor divino, que une al Padre y al Hijo y es dado a nosotros. En su fuente divina el amor es comunidad: comunidad del Padre e Hijo en el Espíritu Santo como el vínculo del amor. Esta divina comunidad de amor la ha abierto Dios en la encarnación de su Hijo y en el envío del Espíritu a los hombres y así ha dado a ellos la posibilidad de participar en ese amor. El amor de Dios se ha revelado en Jesucristo como plena comunidad y a la vez como ilimitada apertura. En la comunidad de los discípulos debe reflejarse esta estructura del amor divino. Pertenece por tanto al amor a los hermanos la comunidad recíproca y la apertura a los pedidos y necesidades del prójimo y del mundo. Sólo puede responder ella al mensaje joánico del amor: “Dios ha amado tanto al mundo, que ha entregado a su único Hijo” (Jn. 3,16). El amor significa también para el Corpus Ioanneum una comunidad abierta a to-

<sup>12</sup> Conf. D. Mollat, entre otras pág. 165.

<sup>13</sup> Conf. sobre esto R. Schnackenburg, *Die sittliche Botschaft des Neuen Testaments*, Bd. II, entre otras págs. 171-181.

<sup>14</sup> Conf. Op. cit. D. Mollat, entre otras págs. 128-130.

dos. Pero para poder irradiar ese amor en el mundo, deben realizar primero los discípulos el mandamiento del amor recíproco entre sí. El amor como ilimitada apertura choca sin embargo con los límites que Jesús ya había mostrado en el discurso de despedida: “Si el mundo os odia, sabed que él ya me ha odiado antes que a vosotros” (Jn. 15,18). Sin embargo, según el modelo de Jesús, los discípulos en su comunicación al mundo y en su amor a todos los hombres no se deben dejar irritar por el odio del mundo. Cuando se aproximaba la hora, Jesús dijo en su último discurso público: “Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré todo hacia mí” (Jn. 12, 32).

### **Dios es amor**

Cuando Agustín en su homilía sobre la Primera Epístola de Juan (pronunciada en el Tiempo de Pascua de 415) llega a la afirmación cimera: “Dios es Amor” (1 Jn. 4,8b), recuerda a sus oyentes: “¿Qué hubiera podido decir más, hermanos? Si para elogio del Amor nada se hubiera dicho en todas las páginas y nosotros sólo oyéramos de la boca del Espíritu Santo únicamente esto: ‘Dios es Amor’, no necesitaríamos buscar sobre esto nada más”<sup>15</sup>.

La afirmación joánica, que Dios es (el) Amor, no puede ser entendida como una definición abstracta de la esencia de Dios. Ella se funda en la autorrevelación de Dios en Jesucristo. Dios se ha revelado en un gesto de amor: “El amor de Dios fue revelado entre nosotros, en que Dios ha enviado al mundo a su único Hijo, para que tengamos vida por él” (1 Jn. 4,9). En este hecho de amor se expresa la esencia de Dios: Dios es su ser y vida según el amor.

El envío del Hijo “como expiación por nuestros pecados” (1 Jn. 4,10) ha anunciado el amor esencial “que Dios tiene para nosotros” (1 Jn. 4,16a).

El cristianismo anuncia la novedad no presentada de que Dios por amor a los hombres se ha inclinado para servirlos. También el Antiguo Testamento habla del amor de Dios que escoge y perdona, más aún es apasionado y tierno. “Un paralelo real de la expresiva fórmula de 1 Jn. 4,8.16 no se da en el Antiguo Testamento ni en el judaísmo tardío”<sup>16</sup>. Por primera vez el

<sup>15</sup> Agustín, *In epistolam Ioannis ad Parthos*, tr. VII, 4 (SC75,320).

<sup>16</sup> R. Schnackenberg, *Die Johannesbriefe*, entre otras pág. 234

Cristianismo anuncia al mundo el nuevo mensaje, que Dios es Amor hasta la Encarnación y don de su Hijo a la muerte por nosotros, para abrirnos así la vida. Juan ha conocido esta novedad del amor, cuando él habla del “mandamiento nuevo”, que enraíza últimamente en Dios como (el) Amor.

Juan es el anuncio del Amor. La tradición de la Iglesia ve en él al discípulo al que Jesús amaba. Jerónimo refiere que Juan estaba tan débil al fin de su vida, que debía ser llevado a las reuniones del Servicio Divino<sup>17</sup>. Allí no podía sostener una gran predicación, sólo repetía una frase: “Hijitos míos, amaos unos a otros”. Si los fieles eventualmente estaban cansados de esa constante repetición, él les respondía: “Esto es el mandamiento del Señor, si nosotros lo observamos, es suficiente”<sup>18</sup>.

Juan anunciaba el desinterés y lo no debido del Amor de Dios. Dios no ama para su provecho, pues el motivo de su Amor a los hombres y al mundo es el mismo Amor divino. La Primera Epístola de Juan menciona dos veces ese desinterés del Amor de Dios (1 Jn. 4,10.19).

Juan anuncia el riquísimo don del amor de Dios: “Tanto ha amado Dios al mundo, que le dio su único Hijo” (Jn. 3,16). Jesús muestra esa fuente inagotable del Amor de Dios: “Yo he venido para que vosotros (las ovejas) tengáis vida y la tengáis en abundancia” (Jn. 10,10): “Quien venga a mí, nunca tendrá hambre, y quien crea en mí, nunca más tendrá sed” (Jn. 6,35). “De su plenitud hemos recibido todo, gracia sobre gracia” (Jn. 1,16). “El da ilimitadamente al Espíritu” (Jn. 3,34).

Juan anuncia la firmeza del amor de Dios. Ella llega hasta la entrega de Jesús a la muerte. En la seriedad del Amor de Dios debe tomar medida el amor de los hermanos: “Así debemos también nosotros dar la vida por los hermanos. Si alguien tiene bienes y cierra su corazón frente al hermano, al que ve en necesidad, ¿cómo puede morar en él el Amor de Dios? (1 Jn. 3,16f.).

Juan anuncia la fuerza unitiva del Amor de Dios. Ella se ha revelado en Jesucristo: “El debía no sólo morir por el pueblo, sino también para reunir de nuevo a los hijos dispersos (Jn. 11,52). Jesús vive en intercambio de amor con el Padre. El da el Amor con que es amado por el Padre y con el que ama al Padre, a sus discípulos. A este amor unitivo y que une a todo invita a

<sup>17</sup> Conf. Jerónimo, *De ivris Illustribus*, 9 (PL 23,624ss.).

<sup>18</sup> Conf. Jerónimo, *Comm. in epist. ad Galatas* 6, 10 (PL 26,433C).

todos los hombres en la Plegaria sacerdotal: “Para que todos sean uno, como tú Padre estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn. 17,21).

El mensaje joánico del amor se puede quizá resumir del mejor modo en 1 Jn. 4,16a: “Nosotros hemos conocido y recibido con fe el Amor que Dios nos tiene y hemos creído en El”. Dios es (el) Amor, que se ha revelado en la encarnación de Jesucristo. Para quedar en el Amor de Dios, debemos quedar en Cristo y según su ejemplo asumir el servicio cotidiano a los hermanos en el Amor, pues: “Quien dice que permanece en El, debe también vivir, como El ha vivido” (1 Jn. 2,6).

**1998**

**COMMUNIO**

**MARZO: CREACIÓN Y ECOLOGÍA**

**JUNIO: EL ESPÍRITU SANTO**

**SEPTIEMBRE: EL SENTIDO DEL TRABAJO**

**NOVIEMBRE: LAS EDADES DE LA VIDA**